



## Dossier: Paisajes del pasado

# Entre el microcosmos y la historia global

**Daniel Lvovich**

*Universidad Nacional de General Sarmiento/CONICET*

*dlvovich@campus.ungs.edu.ar*

*Fecha de recepción: 20/10/2024*

*Fecha de aprobación: 01/11/2024*

**C**uando comencé a leer *Paisajes del pasado. Relatos e imágenes de una comunidad obrera*, y pensando en esta presentación, fui a buscar mi ejemplar de *Microcosmos*, el magistral libro en que Claudio Magris se concentra en mostrar la vida de Trieste, sus calles, sus cafés, sus habitantes, las narraciones sobre la ciudad, a modo de una descripción minuciosa de un espacio denso pero reducido. Buscaba allí alguna cita que me permitiera ilustrar, amparado en el prestigio de Magris, las intenciones del libro de Daniel y Mirta, y la encontré no en las palabras del escritor, sino en el epígrafe que inaugura la obra, del Arquitecto Medidor y Estimador Amedeo Grossi, que en 1791 escribía:

Si bien el Mundo entero nos es ya conocido, por ser muchos los libros que en general la descripción de él nos ponen ante la vista, en tratándose no obstante de una sola Provincia difícilmente ha de encontrarse descrita como es menester<sup>1</sup>.

---

1 Claudio Magris, *Microcosmos* (Barcelona: Anagrama, 2006), 9.

Con matices, podría decirse esto del devenir de la historia social argentina, cuyos grandes temas —las migraciones, el trabajo y los trabajadores, la formación y reconstrucción del movimiento obrero— han sido considerados como fenómenos “nacionales”, con las comillas que se requieran para relativizar esta noción, sin que los escenarios en los que efectivamente se suceden los desarrollos y se conforman las estructuras o movimientos en que cristalizan estos procesos hayan sido objeto siempre de una reflexión adecuada, aun cuando en los últimos tiempos se haya avanzado de un modo muy fructífero sobre diversos casos locales y regionales. El libro que hoy presentamos contribuye, sin dudas, a dar cuenta de uno de esos espacios, y lo hace de un modo admirable.

Como dicen las primeras líneas de *Paisajes del Pasado*, este es un libro resultado de más de 30 años de trabajo, que se pensó en sus primeras instancias como una historia del Berisso obrero. En este sentido, estamos frente a un libro de historia, pero hay mucho más. A lo largo del texto aparecen nociones como la de “montaje”, que busca dar cuenta de la yuxtaposición de fragmentos de muy distinto origen, naturaleza, pertenencia que construyen una narración, o varias, que, partiendo de la admisión de la imposibilidad de reponer un pasado único y verdadero, nos propone una serie de pistas para la reconstrucción de distintos niveles de ese ayer, o del diálogo entre ese pretérito y nuestros días. El montaje incluye, por supuesto, los documentos escritos y las historias orales, pero también el paisaje de la calle Nueva York o de las ruinas de las catedrales del *corned beef*, centenares de fotos, álbumes familiares, memorias institucionales, pasaportes y otros documentos personales, objetos a los que se restituye empecinadamente las marcas de su historicidad, murales, obras de arte y prácticas de rememoración, museos e intentos de patrimonialización.

En esa construcción, la interlocución con una biblioteca amplísima y heterogénea no es usada como un marco teórico cerrado, sino como un instrumento para el desarrollo de una reflexividad que expone los modos en que se genera el conocimiento, exponiendo este proceso sin excluir las dudas y alternativas que en ocasiones se presentaron. Benjamin, Didi-Huberman, Simmel, Samuel, Bourdieu, Nora, Barth, son solo algunos entre esos interlocutores permanentes.

A estas características los autores suman en la introducción del texto el desafío de dar cuenta de la tensión emocional que encontraron y vivieron en el trabajo de campo, un “sonido

emocional” que resulta un elemento central de un libro en el que muchas veces la nostalgia marca el tono de los procesos. La introducción en muchos pasajes del libro del uso de la primera persona —que anula la ilusión objetivista de la escritura tradicional de la historia— contribuye a dar cuenta también de los elementos emocionales puestos en juego en la propia escritura, desde la empatía con la nostalgia de los emigrantes hasta la conmoción ante la pobreza extrema y las imágenes de la desnutrición de los niños en el paraje rural santiagueño de Puesto Nuevo.

Son estas irrupciones de la primera persona en la narración junto con la presentación de las notas de investigación, resultado de las vistas a los parajes rurales santiagueños, o la descripción de las caminatas por la calle Nueva York o de los encuentros con distintos actores y protagonistas de la historia de Berisso, los que le dan a este libro un tono que trasciende los textos tradicionales de historia, haciéndolo entrar al terreno de la etnografía y permitiéndole dialogar con una amplia biblioteca de la sociología, la estética, la antropología. En este sentido, este es un libro difícil de encasillar en un género académico precisamente definido, por la amplitud de sus planteos, la diversidad de su abordaje, la multiplicidad de las fuentes que se ensamblan en su montaje. En este sentido, *Paisajes del Pasado* incursiona en una variedad de lenguajes de las ciencias sociales, si es que esta distinción conserva aún algún sentido, y lo hace de un modo complejo y preciso

Por supuesto, este texto contiene y trasciende *La vida en las fábricas* y *Doña María*. Las fábricas, el mundo del trabajo, muchas de las familias y personas que aparecen en aquel texto de Mirta Lobato son revisitados en este, mientras literalmente, la voz de María Roldan también se hace presente aquí. Ambos textos constituyen un punto de partida que *Paisajes del pasado* complementa con otros interrogantes. Por supuesto, el uso modélico de las herramientas de la historia oral es una característica en común que vincula a los tres textos —podríamos sumar aquí también en esta empresa a *Resistencia e integración*—. No está de más decir en este aspecto que las obras de Mirta y Daniel resultaron fundamentales, también, en el proceso de legitimación de la historia oral en nuestra historiografía desde fines del siglo pasado a esta parte.

Los cuatro capítulos que conforman el libro son el resultado de miradas y métodos muy distintos. El primero, “La Nueva York. Historia de una calle”, vincula un recorrido por esa calle —ya con sus negocios cerrados y sus fábricas derruidas— con las fotografías de su pasado y los

audiovisuales que buscan dar cuenta su devenir, para dar cuenta de algunas de las modalidades, sin dudas melancólicas, de representar el vínculo entre el pasado fabril y el presente de crisis. Pero el capítulo también apela a las modalidades más clásicas de los métodos historiográficos para dar cuenta de las vidas pasadas en aquel microcosmos: las casas y conventillos, los comercios, los bares, las entidades asociativas, el cine, sus habitantes, provenientes de distintos puntos del país y del mundo, y el acontecimiento de la huelga de fines de 1917 y su represión. Tiene cabida también en el capítulo un esbozo de la historia de la memoria de esa calle, entre un escrito de Juan Pettcoff de 1922 y textos de nuestros días o entrevistas recientes al actor Lito Cruz. El capítulo resulta entonces un poliedro, que permite dar cuenta, como plantean los autores, “del complejo mundo de experiencias y cosas” desde una variedad de ángulos amplia y plena de sentidos.

Los dos capítulos que siguen se dedican a los migrantes, para quienes Berisso representó un punto en el que se anudaban unos recorridos y movimientos que abarcan amplias espacialidades y temporalidades. El capítulo 2, “Fotos familiares, narraciones orales y formación de identidades étnicas: ucranianos y croatas”, es un impactante ejercicio de historia global. Entre sus múltiples aristas me concentro aquí en el de la familia Zabiuck, cuya historia transnacional es relatada a partir de las cartas que intercambiaron, sus fotos y álbumes familiares. En el cuadro resultante aparecen conectadas la aldea de origen, en la Galitzia polaca, con las trayectorias de los migrantes en Berisso y en Canadá. Así la historia de Galitzia desde fines del siglo XVIII, las de Polonia y sus habitantes ucranianos y la de la propia Ucrania se conectan con las políticas migratorias canadienses y las vicisitudes de los inmigrantes en Argentina. El examen de las cartas y las fotografías permite dar cuenta de los sentimientos de nostalgia, los conflictos por dinero o por política, los roles de género y familiares, la integración en las sociedades de recepción y en las instituciones étnicas y nacionales en Argentina o en Canadá, las afiliaciones nacionalistas o comunistas, para mostrar, en definitiva, el carácter siempre inconcluso, siempre provisorio aunque a la vez poderoso de la construcción de las identidades, en este caso de identidades diaspóricas.

El capítulo 3, “Los santiagueños de Berisso: identidad, migración y cultura”, se construyó a partir de la combinación entre fuentes escritas, fotografías —mucho menos frecuentes que en el caso anterior— y los viajes de investigación a los parajes rurales de Loreto. Ello les permite una

descripción y explicación densa de las características de largo plazo de la cultura material y de las relaciones de dominación basadas en el patronazgo de esas áreas rurales, afectadas severamente por la grave sequía de 1936-1938, que aceleró el proceso secular de emigración. El mantenimiento de los vínculos entre los que permanecieron en los parajes y los que emigraron a Berisso, así como los frecuentes episodios de re-emigración y retorno permanente o temporario a Santiago, permiten debilitar la polaridad entre modalidades modernas y tradicionales de existencia, así como la variedad de las experiencias políticas y sindicales de los santiagueños en las zonas industriales permite matizar las explicaciones más generalizadoras. Con discreción y casi sin hacer notar la importancia de su intervención, se formula a partir del caso santiagueño una revisita al debate sobre los orígenes del peronismo: si bien en el punto de partida existían indudables relaciones de patronazgo y clientelistas, los modos de inserción en esas cadenas fueron muy distintas según orígenes regionales y edades de los migrantes; y aunque estas determinaciones resultaron poderosas, no impidieron entre los emigrados la adhesión a experiencias de izquierda, incluyendo las comunistas. Sin embargo, aunque es posible que en el origen de la adhesión al peronismo existiera en muchos casos una experiencia marcada previamente por el clientelismo político, la transferencia de lealtad política se articuló primariamente como trabajadores dentro del movimiento sindical de los frigoríficos. A ello se suma que el peronismo ofreció a los trabajadores santiagueños de Berisso un terreno conocido a nivel afectivo y discursivo, basado en el reconocimiento de la cultura de su región. Las hipótesis de Germani, Halperín, Murmis y Portantiero y el propio James son puestas en tensión, criticadas y combinadas a ras del suelo, en base a la experiencia específica de los trabajadores santiagueños.

El último capítulo, “Narraciones comunitarias: patrimonio, museos y fiestas”, recorre las experiencias de musealización, los intentos fallidos de patrimonialización, la creación y recepción de iniciativas testimoniales como *Requiem para un frigorífico*, las empresas escolares de sistematización y enseñanza de la historia local, las fiestas que portan los mitos de orígenes. No es casual que el capítulo se estructure en torno a un diálogo sistemático con *Teatros de la Memoria* de Ralph Samuel, ya que el diálogo entre presente y pasado se manifiesta a través de una multiplicidad insospechada de caminos y de registros. El pasado sale en estas perspectivas del ámbito de los historiadores, para convertirse en el territorio de los emprendedores de la memoria,

de los artistas y sus creaciones, de las iniciativas pedagógicas y las de arquitectos y urbanistas, de los animadores de las fiestas populares y las institucionalizadas. Sin embargo, rizando el rizo, el libro que estamos presentando, un producto típico de la cultura letrada que muy probablemente se convierta también en un *lugar de memoria* de Berisso.

Al terminar de leer el libro, comprendí que mi impulso inicial estaba equivocado. Berisso es sin dudas un microcosmos, pero un microcosmos situado, una intersección de múltiples trayectorias que, como las corrientes de un río, se originan o nos conducen a tiempos lejanos o destinos remotos. Este libro, como plantean sus autores, es una interpretación basada en una investigación densa sobre una historia local relacionada con cuestiones relevantes de las dinámicas culturales, sociales, políticas y económicas de un mundo conectado.

Por ello, mejor que pensar en *Microcosmos* es referirse a *El Danubio*, el otro gran libro en el que Claudio Magris metaforiza a través de una enorme variedad de narraciones el extenso recorrido de ese río.

Dice Magris en un fragmento de *El Danubio*:

“La historia adquiere su realidad un poco más tarde, cuando ya ha pasado, y las conexiones generales, instituidas y escritas años después en los anales, confieren a un acontecimiento su alcance y su papel. Al recordar la derrota búlgara, acontecimiento decisivo para el desenlace de la Primera Guerra Mundial, y por tanto para el fin de una civilización, el conde Karolyi escribe que mientras la vivió, no supo darse cuenta de su importancia, porque en “aquel momento”, “aquel momento” todavía no había llegado a ser “aquel momento”. Tampoco para Fabrizio del Dongo existe todavía la batalla de Waterloo mientras él está combatiendo. En el puro presente, la única dimensión en que, por otra parte, se vive, no existe la historia, en ningún instante existe el fascismo o la revolución de octubre, porque en aquella mínima fracción solo existe la boca que engulle saliva, un gesto de la mano, una mirada que se posa en la ventana, De la misma manera que Zenón negaba el movimiento de una flecha disparada por el arco, porque en cada instante estaba inmóvil en un punto del espacio y la sucesión de instantes inmóviles no podía ser movimiento, también podría decirse que la sucesión de estos instantes sin historia no crea historia, sino las correlaciones y los añadidos aportados por la historiografía. La vida, decía Kierkegaard, solo puede ser entendida mirando hacia atrás, aunque deba ser vivida mirando hacia adelante, o sea, hacia algo que no existe”.<sup>2</sup>

---

2 Claudio Magris, *El Danubio* (Barcelona: Anagrama, 2000), 36-37.